

Mujeres viajeras de la Antigüedad. Los relatos de Egeria y otras peregrinas en Tierra Santa

EDUARDO OTERO PEREIRA (2018).
Salamanca: Sígueme. 238 pp.
ISBN 978-84-301 1988-2.



Laura Carolina Durán

Universidad de Buenos Aires, Argentina

El libro de Eduardo Otero Pereira *Mujeres viajeras de la Antigüedad. Los relatos de Egeria y otras peregrinas en Tierra Santa* es un nuevo trabajo que permite conocer a figuras femeninas de la Antigüedad tardía. Está organizado en un prefacio, una introducción general y las traducciones de los relatos seleccionados: Egeria, Melania la mayor, Paula de Roma y Melania la joven. Son textos producidos en el siglo IV, momento en el que la emperatriz Helena “redescubre” los lugares santos, dando inicio a los viajes de peregrinos, de los que participaron varias mujeres. Los materiales que componen el libro son heterogéneos. Egeria relata en primera persona sus desplazamientos. En el caso de las tres nobles romanas, que renunciaron a sus riquezas y condición social para abrazar una vida ascética, Paula y las dos Melanias, son sus biógrafos quienes comparten sus experiencias.

La introducción general comienza con una exposición sobre los viajes en la Antigüedad y revisa la bibliografía geográfica disponible (Estrabón, Plinio el viejo, Pomponio Mela, Pausanias de Apamea). A continuación, analiza la especificidad de los viajes de peregrinación y los principales destinos. El fenómeno de las peregrinaciones no es privativo de la religión cristiana. El autor revisa lugares y motivos de las peregrinaciones previas al siglo IV en diversas culturas. Pero es en aquel siglo que se inician las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa constituyéndose así toda una geografía sagrada (si bien se conservan testimonios de experiencias previas como Melitón de Sardes, Orígenes, Alejandro obispo de Capadocia). Estos viajes se preparaban con información de diversas fuentes: el *Itinerarium Antonini* (siglo III), la *Tabula Peutingeriana* (siglo IV, el mapa más antiguo), el texto de Eusebio *Onomasticon*, traducido al latín por Jerónimo. Los viajes se realizaban por tierra o por mar. Desde la época de Augusto existía un *cursus publicus* que ponía a disposición del viajero cabalgadura y hospedaje, habilitado para funcionarios, pero también era utilizado por los obispos desde época de Constantino. Asimismo, los personajes de rango social elevado podían ser recibidos en viviendas oficiales o por los propios obispos. El principal interés de quienes realizaban estos viajes era orar en

los lugares vinculados con la vida de Cristo y la Biblia. Las peregrinaciones tenían defensores y detractores. Jerónimo fue un entusiasta e intentaba promoverlas, si bien desalentó a ciertos personajes a concretarlas. Gregorio de Nisa fue, por su parte, el máximo detractor. Varias fuentes informan sobre estos viajes: el relato ilustrado del Peregrino anónimo de Burdeos (*Itinerarium burdigalense*) del 333; el viaje de Egeria (*Itinerarium Egeriae*); el texto de Jerónimo sobre Paula (*Epitaphium Paulae*); la guía del viaje del *archidiacono Theodosius: (De situ Térrea Sanctae)* escrito hacia el 530; el diario del peregrino de Piacenza (*Itinerarium Antonini Placentini*) del 570 aproximadamente; dos poemas de Sofronio, patriarca de Jerusalén (*Anacreontica XIX y XX*) del 600 y el relato de Arculfus (*Adamnani De Locis Sanctus*) alrededor del 670. Otero Pereira señala los principales puntos de culto junto con el detalle acerca de las condiciones históricas en que fueron creados y una pormenorizada descripción de su estructura y funcionamiento (en Jerusalén, Jericó, Belén, Hebrón, Samaria, Galilea, Egipto y el monte Sinaí). La sección final de la introducción presenta a las mujeres ascetas y destaca que si bien, como es conocido, la situación de la mujer en general estaba circunscripta al ámbito de lo doméstico y subyugada a la figura masculina, en el cristianismo primitivo la mujer tuvo un rol activo. Gran parte de las primeras adeptas a la nueva religión fueron mujeres y en la medida en que el cristianismo se fue difundiendo en la aristocracia romana aquellas pioneras adquirieron fama y reputación por su vida virtuosa, de ahí que se escribieran biografías sobre ellas.

El capítulo dedicado a Egeria es el más extenso. Contiene una breve introducción con información sobre el descubrimiento de Gian-Francesco Gamurrini, en 1884, del manuscrito del siglo XI en escritura beneventana. El texto se encuentra incompleto, faltan el inicio y el final. Otero Pereira explica la probable trayectoria del manuscrito, las discusiones en cuanto a autoría, nombre y demás datos de la autora, datación y transmisión. La traducción comprende todo el texto conservado. Egeria relata su viaje al Sinaí, Arabia, Jerusalén y el regreso a Constantinopla, más una serie de sitios intermedios. La

duración del viaje se habría prolongado por más de tres años, a la vez que parece no haber sido el único. En la descripción de cada sitio incorpora citas y referencias bíblicas, y en menor medida otras obras de la literatura cristiana primitiva. Asimismo, describe los modos en que se realizaban las prácticas religiosas, lo que constituye la segunda parte del escrito. Egeria se dirige a sus “venerables hermanas”, esas “señoras de mi alma” para instruirles en estos asuntos. En todo su discurso se destaca la fuerza del propio deseo como el motor que impulsa este recorrido, a la vez que es fundamento de la relación con Dios. Por otra parte, puede subrayarse la variedad de elementos de una fina sensibilidad incorporados al relato (lo delicioso de una comida, la belleza de una ciudad, la alegría ante la hospitalidad). A continuación del texto de Egeria, Otero Pereira incorpora una selección de textos de *De locis sanctis* de Pedro Diácono –bibliotecario de Montecassino a comienzos del siglo XII– que tienen una fuerte coincidencia textual con Egeria.

El segundo capítulo está dedicado a Melania la mayor, cuya vida es conocida fundamentalmente por la *Historia Lausiaca* de Paladio, redactada alrededor de 420. Se presenta la traducción de los capítulos 46, 54 y 55, basada en la edición griega de Bertelink (1974). Melania, miembro de la *gens Antonia*, luego de perder a su esposo y dos hijos, decide dedicar su vida a Dios. Funda en Jerusalén un monasterio, y permanece el resto de su vida al frente de una comunidad de cincuenta hermanas. El relato la describe como una mujer comprometida con la comunidad religiosa y con una actitud política activa en ciertas polémicas eclesiásticas, acompañando a Rufino. Alrededor de 400 vuelve a Roma, convierte a varios de sus familiares al cristianismo, instruye a Melania la joven y persuade a familiares para que vendan sus bienes. De ahí que se convierta en la salvadora de la familia, dado que poco tiempo después Roma fue atacada por una “tempestad de bárbaros”. Melania muere en 410. Se la delinea como mujer muy culta, lectora de Orígenes, Gregorio de Nacianzo y Basilio el Grande, entre otros.

El capítulo siguiente está dedicado a Paula de Roma, cuya vida se conoce fundamentalmente por la epístola 108 de Jerónimo, escrita luego de su muerte, en 404. Se presenta una traducción de secciones de la misma (capítulos 6-14) que constituyen un *hodoeporicon*, es decir, la narración del viaje desde Roma a Tierra Santa. La traducción sigue la edición de Labourt (1949-1979). La familia de Paula también pertenecía a la nobleza romana, descendiente de los Escipiones y los Gracos. Como Melania, luego de enviudar decide llevar una vida ascética, seguida por sus hijas Eustoquio y Blesila. Esta última muere –según muchos por la dureza de la vida ascética–, hecho que afectó la benevolencia hacia Jerónimo en Roma, quien decide abandonar la ciudad definitivamente en 385.

Desde ese entonces, Paula y Jerónimo mantendrán un estrecho vínculo en Belén. El relato del viaje inicia con la descripción del dolor de Paula al dejar a sus hijos en Roma y los sitios por los que pasó hasta instalarse en Belén. Allí funda un monasterio. Jerónimo destaca lugares que son hitos de las Escrituras, pero también incluye referencias sobre espacios importantes para los paganos. En la epístola hay secciones que reponen discursos que Paula habría pronunciado.

El último capítulo está destinado a Melania la joven. Como ya se mencionó, Melania nieta de Melania, pertenecía a una familia de la nobleza romana. De tal familia, muchos de sus miembros se convirtieron a la nueva religión, a la vez que varios permanecieron fieles a los cultos tradicionales de la religión romana. De la vida de Melania se conservan dos versiones: una griega y una latina. El autor de esta biografía permanece anónimo, si bien se lo suele identificar con Gerencio de Jerusalén, un defensor de la tesis monoficista. Otero Pereira traduce partes de la *vita* desde la edición latina de Laurence (2002). Casada muy joven, luego de la muerte de su padre y de sus dos hijos pequeños, Melania se entrega a una vida ascética junto a su marido. En un primer momento, en las afueras de Roma. Luego de la toma de la ciudad por Alarico en 410, Melania, su madre y su esposo se instalan en Tagaste, en una finca del obispo Alipo, amigo de Agustín de Hipona. Fundan allí dos monasterios. Más adelante, Melania, ya viuda, viaja a Constantinopla por requerimiento de un tío embajador, y allí convierte a muchos. De la misma manera que el *Itinerarium*, la *Vita Melaniae* fue descubierta tardíamente, no se conocía prácticamente hasta principios del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de Egeria que era una desconocida, sobre Melania se disponía de otras fuentes de referencia: Jerónimo, Agustín, Paulino de Nola, entre otros. Paladio dedica el capítulo 61 de *Historia Lausiaca* a Melania.

Con la versión castellana de estos textos, Otero Pereira aporta más elementos sobre aquellas mujeres que en la Antigüedad tardía y Alta Edad Media tuvieron roles protagónicos. Estos testimonios permiten un acercamiento a las sutiles modificaciones que se producen en el lugar socio-político de la mujer en tanto el cristianismo primitivo se iba afianzando como religión. Estas cuatro mujeres tomaron sus propias decisiones, tuvieron gran importancia en la propagación del cristianismo y se preocuparon por generar espacios para otras mujeres dentro de la comunidad religiosa, siendo pioneras del monacato femenino (con excepción de Egeria). Además, participaron de discusiones teológicas junto a los padres de la Iglesia. Por estos motivos, la lectura de estos materiales en sede filosófica puede resultar muy enriquecedora.

